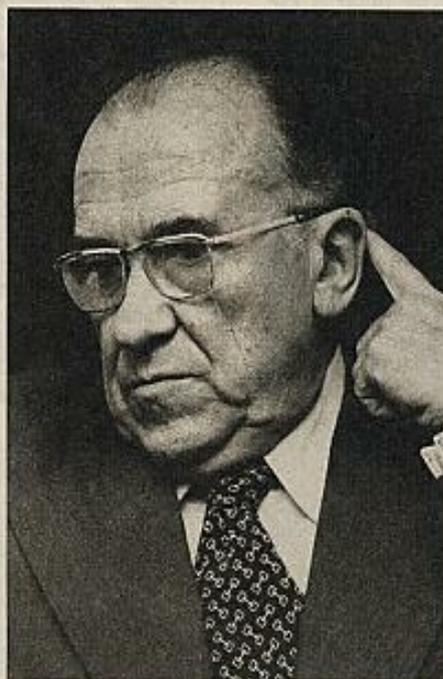


## LA SOMBRA DEL "GOLPE"

**O**TRA vez la sombra del "golpe". A mes y medio de unas elecciones generales, con las Cortes disueltas y un Gobierno teóricamente provisional —puesto que su continuación, su modificación o su recambio por el de otro partido o coalición dependerá de esas elecciones— tiene su importancia. La sombra del "golpe" acompaña la marcha de la política nacional desde la muerte de Franco; desgraciadamente, va en aumento en lugar de disminuir, puesto que los actos de desacato al Gobierno y a los máximos mandos militares, por muy localizados que estén y por muy aislados que parezcan, van también en aumento. Esta sombra la evocó, en primer lugar, la oposición, cuando escribió la frase de los "poderes fácticos" como opuestos a los poderes institucionalizados. Algún dirigente de importancia, como Santiago Carrillo, no ha dejado de advertir de este riesgo; hace unos días ha vuelto a repetir que todavía es posible el "golpe". La realidad es que gobernar un país, o hacer política en un país, teniendo miedo a un golpe, y limitándose en todo para no alentar o producirlo, es como si el "golpe" ya se hubiese dado, al menos en parte. Evita una libertad de planteamientos.

**U**NA de las libertades que parece haber limitado esta sombra es, precisamente, la de desplazar de puestos de responsabilidad a personas —sobre todo, a personas civiles— que parecían "protegidas"; incluso la de reprimir manifestaciones no autorizadas —como la que se preparó y cometió por la extrema derecha en el entierro del gobernador militar de Madrid, asesinado— cuando procedían de este sector. Otro efecto visible es el del retraso constitucional, institucional; el paso lento y cuidadoso de la etapa predemocrática, que no será mucho más rápido en la etapa técnicamente democrática si todo continúa igual. Probablemente la preocupación del Gobierno de UCD va bastante más allá que la de un simple miedo al "golpe", y es sobre todo consecuencia de su fondo político: la de la conquista de la derecha como elemento de apoyo. Y la de evitar que a pesar del juego dado a la izquierda, inevitable para crear un régimen democrático —desde la legalización hasta los pactos—, fuera confundido por los halcones del poder con un régimen de izquierdas. Una política extremadamente difícil. Un Gobierno realmente de derechas, con un partido de derechas, heredero de un régimen de extrema derecha y dedicado a mantener un reparto equivalente de clases sociales, pero que se pone bajo la advocación del centro, y que está obligado a respetar las libertades fundamentales, los derechos de huelga, los partidos y las centrales sindicales de izquierda, es algo que sólo puede funcionar con

una condición: que la derecha poderosa que tiene en sí misma la herencia más clásica del poder anterior comprenda el guiño de ojos, que comprenda que es su verdadera salida y que puede encontrar su mantenimiento, aun con una mayor incomodidad aparente —que, por otra parte, se deriva de una incomodidad económica general y mundial— por otras vías: la del mercado libre, la de la Comunidad Europea, la de la OTAN. Naturalmente que esa polí-



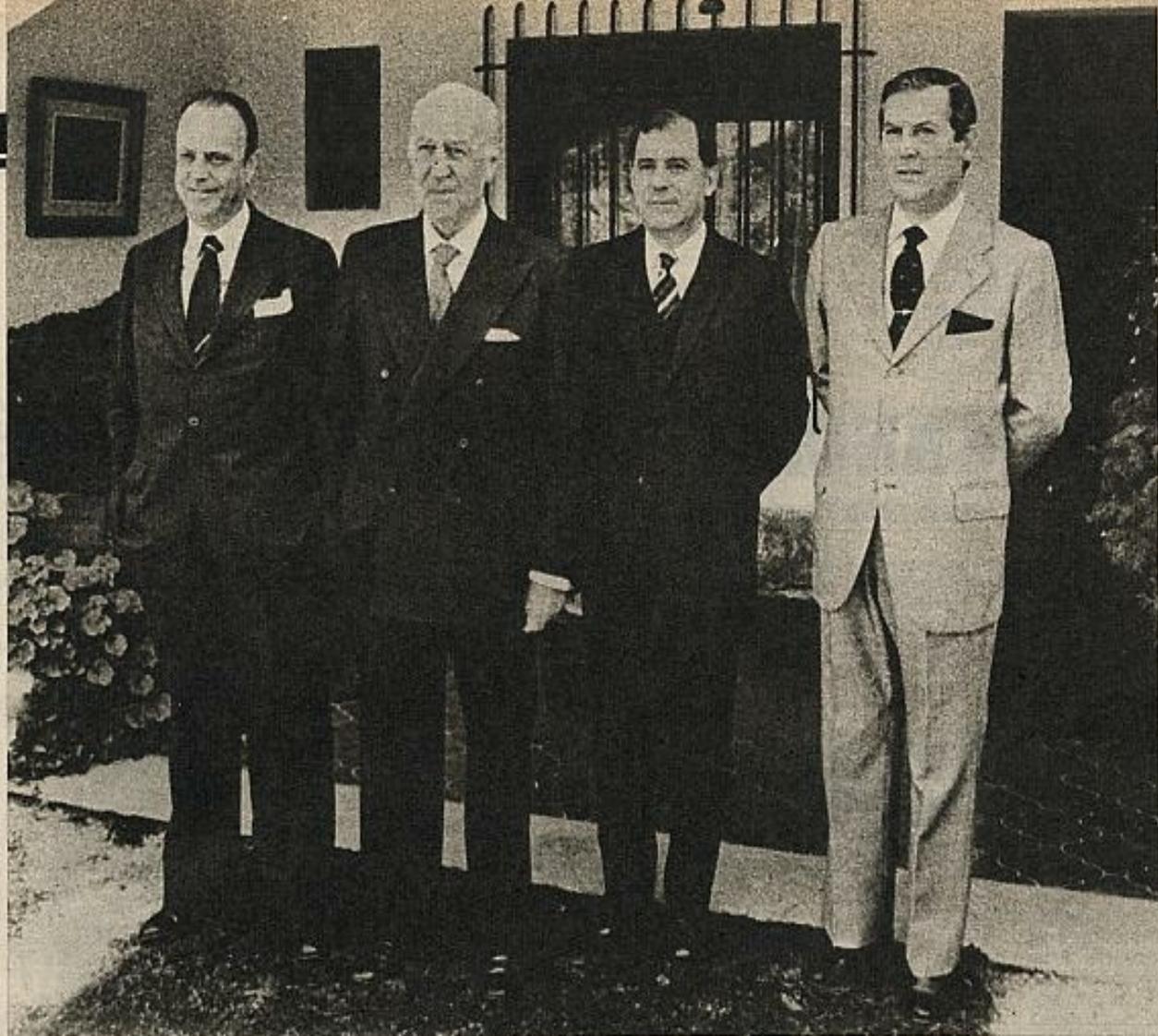
Santiago Carrillo: "El golpe todavía es posible".

tica pasa por la necesidad de no perturbar ningún privilegio anterior, de no empezar dañando a aquellos a los que trata de dar garantías. La verdad es que, a juzgar por los últimos acontecimientos, por los últimos editoriales, discursos, titulares de la prensa y los políticos de la gran derecha no lo ha conseguido. Toda esta gran panoplia se está volcando en el ataque a Suárez y a su Gobierno. No ha ganado su confianza, y este sector quiere un Gobierno que le represente más y mejor. Probablemente la sombra del "golpe" que evoca tiene menos intención de levantar un auténtico golpe que el de producir una dictadura técnica, un Gobierno duro que funcione dentro de los límites democráticos. Aun después de fracasar en las intenciones de que esto sucediera antes de la promulgación de la Constitución —y ya se dijo en estas columnas que la idea de Constitución como frontera era

absurda; la desestabilización, por las dos fuerzas opuestas que la intentan, va a continuar—, lo siguen intentando ahora: la Constitución es lo suficientemente ambigua —y es así por las razones antes apuntadas: porque se ha elaborado por una parte a la sombra del golpe y porque es fruto sobre todo de la UCD mayoritaria, que pretende un fondo de continuidad con una forma de modernización— como para que un Gobierno de derecha abierta y franca la convirtiera en una dictadura técnica, en un régimen cerrado. Por lo tanto, la campaña a la que asistimos antes del referéndum constitucional debe multiplicarse ahora en las vísperas electorales. El objetivo más claro es el de inclinar al electorado de la derecha a un Gobierno "fuerte", presentando al actual como débil.

**L**A realidad es que el señor Suárez partió bien. Al mismo tiempo que conservaba en zonas de poder a personajes y grupos del régimen anterior, y que no hacía nada por sustituirlos —y eso que no vaciló en crear una cargocracia surgida de su propio partido—, supo convencer a la izquierda de que ésta era una realidad objetiva contra la que no se podía hacer nada más que temporizar y aparecer con toda la moderación del mundo para no provocar. Le fue más fácil convencer a la izquierda que a la derecha. La izquierda tiene un notorio complejo de inferioridad en este país —y no podemos decir que no esté justificado por razones históricas— y una consecuente tentación de neoriquismo político: simplemente aparecer, comparecer, parecer necesaria para un pacto, entrar en los palacios, la parece una victoria suficiente, por el momento —o por lo menos en aquel momento— como para aceptar. Si el Gobierno tenía el cuidado de no aparecer como a la izquierda ante la derecha, la izquierda se preocupó de no aparecer, tampoco, como demasiado a la izquierda, lo cual resulta más bien asombroso. Lo hacía para no asustar. La realidad es que apareció como asustada. Y el Gobierno que manejaba esta situación apareció también como asustado. Es la vieja fábula del aprendiz de brujo: se desatan unas fuerzas, y luego no se saben bien los exorcismos para conjurarlas.

**N**O hay nada que aliente tanto, que estimule tanto a los que creen que tienen un poder, aunque no sepan bien cuál es la cantidad de ese poder, como el susto, el miedo o la contracción de su enemigo. Probablemente la gran derecha española, muerto Franco, desplazado el Gobierno Arias Navarro-Fraga, que tanto la ayudó en aquellos momentos, no sabía entonces cuál era su poder. La actitud de



Confederación Democrática Española, una esperanza de Gobierno "fuerte" para la derecha. En la foto, los líderes de este partido, Fraga, Areilza, Pastor Ridruejo y Osorio, el día de su presentación a la prensa.

Suárez y la de la izquierda le dio esa noción. Probablemente tampoco lo sabe ahora: si entonces creía que era menos del que tenía en la realidad, ahora cree que es más. Las sucesivas pruebas electorales no le han bastado, entre otras cosas porque nunca ha creído —es la doctrina de la derecha en el mundo entero, y no ha cesado de exponerla— en la justicia del voto ni en la razón de las mayorías: porque cree que el pueblo no sabe gobernarse a sí mismo —"no está maduro"— y que necesita de la tutela y del paternalismo. Probablemente sabe, salvo algunos exaltados, que el "golpe" no es posible en el mundo de hoy, o que sería efímero; por lo menos, que podría ser combatido, y que no tendría ningún apoyo directo internacional. Pero la utilización de la sombra del golpe para conseguir un Gobierno duro sí le parece posible; un Gobierno de dictadura con formas democráticas, que probablemente sí que tendría apoyo mundial, como puede tenerlo el de Eanes-Mota Pinto en Portugal. La tentación portuguesa está presente en muchos políticos españoles. Incluso, probablemente, en el propio don Adolfo Suárez, aunque parezca ya demasiado tarde —para él— esta salida, y tenga que seguir jugando su propio juego.

**E**l emplazamiento electoral próximo es decisivo para todo esto. Es lamentable que esté sucediendo así continuamente, y que el pueblo tenga que ir de votación en votación, afirmando siem-

pre lo mismo — su decisión democrática—, porque en cada intervalo se discute de nuevo la opción, y parece como si hubiera que volver a empezar. En lo que confía la derecha ahora es en que la situación conjugada terrorismo-golpe de Estado haga que muchos electores se aparten de UCD para inclinarse hacia ella; al mismo tiempo que el desánimo de la izquierda electoral, reflejado en las abstenciones del referéndum, le hace confiar también en que la izquierda general pierda votos.

**P**ROBABLEMENTE el cálculo es inexacto. Podría ocurrir que si la izquierda vuelve a su propia naturaleza —que no tiene por qué ser amenazadora, sino simplemente auténtica, estabilizadora— y la intranquilidad del grupo conjunto terrorismo-golpe se mantiene, muchos de sus electores vuelvan a las urnas. No está claro que vaya a suceder así, porque la izquierda, que había iniciado una clara separación a raíz de la promulgación de la Constitución y hasta se había permitido alguna soltura en el sector social, parece que ahora vuelve, quizá momentáneamente, a lo que le parece lo más seguro: el apoyo a Suárez como salvavidas. Tampoco está claro que el Gobierno y el partido de la Unión de Centro Democrático vayan a perder votos por estas circunstancias: quizá puedan ganarlos por alguna deserción de la izquierda, por un cierto posibilismo de "voto útil" en los indiferentes —pero partidarios de la

democracia— y por un reflejo clásico y conocido de las sociedades amenazadas en busca del poder constituido y en busca de lo que se llame centro en ese momento. A pesar de todo lo sucedido, y de lo que va a suceder —excepto una interrupción del proceso legal, que no es creíble todavía—, no es descabellado suponer que la UCD va a ganar las elecciones, por lo menos en una proporción parecida a las anteriores Cortes (lo que más puede variar es el Senado, por la desaparición de los designados y por la aparición de nuevos candidatos). Pero tampoco hay que creer por ello que UCD va a cambiar su política general, porque no tiene ni puede tener otra: seguir intentando convencer a la gran derecha de que gobierna en su nombre, y de que es el mal menor, y seguir convenciendo también a la izquierda de que es el mal menor.

**A** partir de esas elecciones, ¿comenzará todo otra vez? ¿Van a calmarse, por sus resultados, los terroristas de ETA, los partidarios del golpe en la extrema derecha, los desestabilizadores, los violentos? ¿Va a creer finalmente la derecha en Suárez? Por el momento, las respuestas parecen negativas. No parece claro el futuro. En todo caso, podría suceder que Suárez buscara, finalmente, una alianza que le caracterizase más a la derecha, una conversión conservadora de los principios constitucionales y un intento final de eanismo, de portuguesismo. ■